

El final (*)

Era de noche, no una de esas en que la luz de la luna recorre apaciblemente el verde apagado de los campos, sino una noche en que la oscuridad, los fantasmas y las dudas no lo dejan a uno dormir. Javier sabía lo que había hecho, sabía que el plan había fallado y sabía que las consecuencias no serían buenas. Al fin de cuentas, ya no le importaba vivir. Lo que lo impulsó a robar el banco, ya no existía. Recostado en la única celda ocupada de aquella pequeña comisaría, sentía que el dolor era demasiado grande para su cuerpo; no sufría por lo que le pasaba a él, no. Sufría por su pequeña niña. Ella no era culpable de nada, tampoco de tener el padre que le tocó tener. Lo único que esperaba era que si la mataban lo hicieran rápido y sin dolor. De cualquier forma, él la estaría esperando en su camino al infierno para despedirse por última vez, antes de que ella ingresara donde debía estar, en el paraíso. Se despidió de sí mismo antes que alguien más lo hiciera; tomó la sábana que cubría lo que nadie llamaría una cama, la ató en uno de los caños del techo de su celda, subió a la cama, enredó el otro extremo en su cuello y se dejó caer.

El primero en llegar a la celda fue el agente de cuarta Ramírez Ayala. Desde que lo vio entrar sabía que no pasaría mucho tiempo allí. Había seguido el robo al banco durante todo el día por TV y sabía que ese no era un robo normal. Como policía y como cualquier persona común y corriente, supuso, había demasiadas pistas para hacer como que nada había pasado. El repartidor de correos que misteriosamente paró su camión frente a la puerta y fue el primero en quedar en libertad; el asaltante que sólo pedía por el gerente y este gerente que casualmente no estaba en el banco el día y la hora en que debía estar allí. Por último y más importante, el comportamiento de sus colegas y compañeros policías: Ramírez conocía como la palma de su mano este tipo de procedimientos, sabía que al salir del banco, los delincuentes fueron simplemente fusilados. Nadie podía salir vivo, nadie debía hacerlo. Parado frente a la celda, contemplando un cuerpo sin vida, un frío inmenso comenzó a recorrer y erizar su espalda. En un segundo se dio cuenta de todo. Querrían a un culpable y él sería ese culpable.

Detrás del robo había grandes intereses, lo tenía muy claro. Los medios le dieron demasiada relevancia al caso; nadie querría estar vinculado con el robo pero todos buscarían a quién culpar. Los primeros interesados en hacerlo serían quienes encargaron el asalto; los mismos que al contemplar el fracaso del operativo decidieron que nadie debía hablar del tema. Los medios no se quedarían atrás; una masacre televisada en vivo y en directo levanta sospechas y obvias especulaciones. Él no tenía nada que ver, pero al mismo tiempo era la clave perfecta, era la pieza que completaría ese complicado puzzle. Se repetía a sí mismo; "... esto no puede ser, me van a querer cagar, esto no puede ser...". Sus superiores y compañeros llegarían en cualquier momento; sólo tenía dos alternativas: hacer como que nada había pasado, hacer como que él no sabía que el pichi se había suicidado para enterarse de ello cuando otro policía fuera a ver el cuerpo o, la segunda alternativa, comunicar lo sucedido antes de que nadie llegara. Antes de perder el equilibrio, tomó una silla y se sentó. Quedó mirando un punto fijo entre el cadáver y una pequeña ventana por la que ya no entraba luz. El lugar se encontraba semioscuro; apenas iluminado por una lámpara amarilla de 60 watts que reflejaba el azul opaco de las paredes del calabozo. En la oscuridad podía distinguirse claramente el rostro pálido del cuerpo que colgaba a poca altura del suelo. Un rostro despreocupado de su porvenir,

un muerto que lo único que hizo fue complicar la vida de un policía que sólo trató de ser honesto la mayor parte del tiempo. Sin embargo, el cadáver estaba allí colgado, dando vueltas sobre sí mismo, contento porque ya nada lo afectaría. Por un instante envidió la suerte de estar muerto.

Los minutos pasaban. Allí sentado, vio desfilarse su vida ante sus ojos, su futuro sería en una prisión junto con todos aquellos que él mismo encerró. Volvió a reflexionar en las dos alternativas. Incluso llegó a cuestionarse si no estaría exagerando. Tal vez sólo debía hacer lo que se supone que hay que hacer en un caso así; denunciar lo sucedido a su superior. ¡Qué ironía!, pensó por dentro. ¡Qué idiota!, pensó luego. Si él no tenía nada que ver, si no tenía nada que ocultar y todo fuera tan simple; ¿por qué no había hecho la denuncia aún? Ya era muy tarde y cualquier idiota diría que el muerto le confesó su secreto antes de morir. Alguien pensaría que él sabía quién estaba detrás de ese robo. Ahora era su propia vida la que corría peligro; dentro o fuera de la cárcel su futuro no sería bueno. En diez minutos debía cambiar la guardia, no quedaba más tiempo, la decisión que tomara, debía tomarla ya.

Dentro de la comisaría no había más que silencio. Afuera, los primeros técnicos y periodistas de canales de televisión comenzaban a interpretar lo que sería la gran noticia; el gran final. Aunque en pocas horas saldría el sol, la noche aún tendía un delicado manto de misterio sobre el lugar. Entre la espesa niebla que pronto desaparecería, comenzaron a prenderse uno por uno los focos que alumbrarían el recorrido desde la puerta de la comisaría hasta la camioneta estacionada en el frente. El operativo sería rápido y todos querían tomar buenas imágenes de lo acontecido. Varios de los allí presentes anhelaban conseguir algún tipo de comentario, por más insignificante que este fuese. Sabían que este sería un largo caso, recién comenzaba lo que posiblemente algún día se convertiría en un exitoso best seller y posteriormente en una gran película de misterios, sobornos y corrupción. La puerta se abrió. Todo estaba preparado: las cámaras, los periodistas, los fotógrafos, dos delgadas cintas amarillas delimitaban el lugar por donde circularían los cuerpos. La primera camilla en salir fue la del ladrón del banco. Aparentemente estaba cubierto por la misma sábana con la que, según la versión de los periodistas; el agente de cuarta Ramírez Ayala lo había ahorcado. La segunda camilla en salir estaba también cubierta por una sábana blanca; pero tenía una pequeña diferencia. La bala había entrado por la parte anterior de la nuca y había salido por el ojo izquierdo. Esto provocó no solo una pequeña mancha roja sobre la sábana sino una impresionante cantidad de sangre que se derramaba en el transcurso del breve camino hacia la camioneta policial.

Los dos cuerpos fueron arrojados en la caja del vehículo. El sol aún seguía sin salir y la sensación de todos los que estaban allí era la misma. No se sabía qué había pasado; no porque no se pudiera saber, sino porque alguien así lo quiso y se aseguró desde el primer momento que ese “algo” no se supiera jamás.

(*) *El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de un caso policial ocurrido en Argentina, el caso Ramallo. Cada alumno debió elegir un punto de vista para la narración*
